



Elástica frontera

MI QUERIDO AMIGO el distinguido africanista Víctor Morales Lezcano suele repetir con frecuencia no exenta de razón que la geografía es la gran dueña de la historia. Es algo que oí muchas veces igualmente al maestro de historiadores don Antonio Domínguez Ortiz. Sin embargo, esa supremacía de la geografía, dado que nunca fui muy entusiasta de esta como disciplina, no acabo de verla evidente. Las fronteras son el mejor exponente.

Una *vividura* servirá de botón de muestra. La primera vez, hace treinta y cinco años, que tras pasé la frontera de Beni Enzar, entre Melilla y Nador, quedé anonadado al comprobar cómo sólo cincuenta metros “neutrales” entre un puesto fronterizo y otro abrían un foso abisal con todas las apariencias de insalvable. Hace poco he tenido la impresión repetida, ahora acompañada de todos los visos de artificialidad, de que esta frontera se cierra o se abre, se tensiona o se relaja, a voluntad de sus “dueños” y no de imponderables geográficos, creando falsos abismos.

Mas una vez salvada la frontera, y sus procelosas lógicas -que uno puede vivir en cualquier lado, y no solo Beni Enzar, incluidos los hipermodernos Estados Unidos-, se reconcilia con el país. Desde no hace mucho, modernos ferris llevan al viajero desde el puerto granadino de Motril, el más cercano a África por el lado oriental de Andalucía, hasta Nador, Alhucemas y Melilla; luego, a pocos kilómetros de Nador una moderna autopista te hace recorrer en poco tiempo el país, y penetrar hasta los arcanos lugares del desierto sahariano, atravesando montañas nevadas, estepas, y espacios de sublime belleza. Las gentes dejan de ser hoscas, como lo eran en la maldita frontera, y la vida se relaja. Ferris y autopistas han logrado este milagro, que recuerda la época de los hermanos Tharaud, aquellos literatos coloniales, hoy olvidados, que corrían por Marruecos a toda velocidad, al galope de los pistones de su coche.

Hace sólo tres lustros el viaje que va de Granada a Fez, dos ciudades hermanadas por la historia, tan cercanas geográficamente, y separadas secularmente por la política y los intereses de los Estados, era toda una aventura, si se iniciaba en Melilla. Los obstáculos intencionados que se alzaban eran muchos. De

haber relaciones tenían que ser entre las capitales de los Estados. Recuerdo que mientras los *yebalíes* y rifeños hacían su particular guerra a los presidios españoles en los siglos XVI y XVII, desde los Estados respectivos se negociaba y pasteaba a otro nivel. Lo mismo ocurría por todos lados: una cosa eran los Estados y otra las zonas de contacto real entre las gentes.

Marruecos lleva años intentando regionalizarse; España hace tiempo que hizo ese trayecto. Finalmente, las lógicas de la modernidad están impeliendo a conectarse, a facilitarse las cosas, a descubrir las posibilidades del “vivir en común”, como enfatiza el filósofo Todorov, uno de los penúltimos premios Príncipe de Asturias. Sin necesidad de recurrir a la filosofía, y ni siquiera al viaje, puesto que no conocía el lugar de los hechos, el literato

granadino Francisco Ayala escribió un texto visionario en los años treinta del siglo pasado: *La cabeza del cordero*. En él cuenta cómo un representante de comercio, natural de Almuñécar, en la costa de Granada, viaja a hacer negocios en aquellos tiempos protectorales a Fez. Allí es acogido en una familia *fesí*, que entre otras cosas le pregunta por la familia común, es decir por los “primos” de Almuñécar. El viajante, al principio desorientado no entiende a qué se refieren; pero poco a poco va descubriendo que no se trata de una mala broma, que entre sus acogedores patronos *fesíes* y su propia familia existían nexos reales que ni podía

imaginar. Bueno, yo acabo de leer que en la región de Gomara había un señor que se llamaba Umar Al-Chantuf guerreando contra los cristianos en el siglo XVII. Yo me llamo Alcantud, por vía materna: saquen ustedes las conclusiones.

Gracias a la modernidad, esta de la que son portadores ferris, aviones y autovías, ahora comenzamos a vencer la resistencia de la pura política de los Estados y sus fronteras, que siempre intentaron que las viésemos geográficamente “naturales”, y a conocer que en otro lado siempre están los “primos” esperando el momento del abrazo. ■

Catedrático de antropología social de la Universidad de Granada y autor de más de una veintena de libros sobre cuestiones hispano-marroquíes.

«
**HE TENIDO LA IMPRESIÓN
 REPETIDA DE QUE ESTA
 FRONTERA SE CIERRA
 O SE ABRE, SE TENSIONA
 O SE RELAJA, A VOLUNTAD
 DE SUS “DUEÑOS”, CREANDO
 FALSOS ABISMOS**
 »